

de Suez, el Djebel Gharib actual (1885 m.?, 3050 m.?)<sup>1</sup>, cerca del mar Rojo, era considerado como el límite por excelencia hacia el Oriente; al Norte, los lagos del delta; al Sud, el desfiladero de la Cadena o la primera catarata marcaban las barreras del mundo. Y en ese territorio, tan estrecho relativamente al conjunto de las tierras continentales, los Egipcios sólo ocupaban una estrecha banda; separados de todas las naciones extranjeras por sus muros de rocas y sus dunas de arena, desarrollaban aisladamente su civilización «como en un vaso cerrado»<sup>2</sup>.

No debe olvidarse sin embargo, que hubo un tiempo en que Egipto no era todavía una estrecha banda de tierra aluvial encerrada entre dos desiertos; ciertos indicios hacen pensar que los primeros hombres que penetraron en el valle nilótico hallaron cubiertas las pendientes de las rocas, si no de césped, al menos de hierbas nutritivas; el clima no era el mismo; las lluvias eran más abundantes, y el ganado tenía a discreción el pasto necesario. En un barranco que se abre al sudeste del Cairo, en el desierto arábigo, Schweinfurth ha descubierto los restos de una gran empalizada que no tendría ya razón de ser en el día, en que tan escasas son las lluvias que producen los torrentes que recorren el valle entre las paredes grises de la roca<sup>3</sup>. Las antiguas inscripciones nos hablan de enormes rebaños que pacían en regiones donde el hombre no encontraría hoy la menor cosecha alimenticia, y muchos monumentos, con inscripciones y esculturas, se elevan en pleno desierto, cuando la piedad de los fieles los erige en tierras habitadas, destinándolos a ser vistos y admirados por la multitud de los transeuntes<sup>4</sup>.

Flinders Petrie, Griffith, Blankenhorn, Fraas y otros no dudan que haya habido modificación en la pluviosidad durante el período humano, llamado por algunos período histórico. Breadnell y Schweinfurth, muy conocedores de Egipto, protestan en diversos grados contra esta última opinión<sup>5</sup>. Por lo demás, cualesquiera que puedan

<sup>1</sup> G. Schweinfurth, *Esploratore*, 1878.—La última cifra ha sido dada por la edición reciente del mapa de Lannoy de Bissy (1898).

<sup>2</sup> G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, p. 45.

<sup>3</sup> *Ein altes Stauwerk aus der Pyramidenzeit*. Extracto del *Illustrierte Deutsche Monatshefte*, 1895.

<sup>4</sup> Oscar Fraas, *Aus dem Orient*, p. 215.

<sup>5</sup> *La Terra Incognita de l'Egitto*, p. 13. Extracto del *Esploratore*, 1898.



LA ESFINGE DE GISEH

«La civilización del rey Menes no es un principio, es un apogeo; debió ser precedida de muchos siglos de ensayos y de progresos necesariamente muy lentos. La gran esfinge, el templo subterráneo que tiene cerca y las pirámides de Sakkarah, son seguramente anteriores al rey Menes.»

Emilio Guimet.

Adoptando la cronología de Manethon, debe hacerse retroceder la época de la esfinge de Giseh a 8000 años.

ser las miras particulares de los exploradores y sus errores de apreciación, es indudable que la cuestión del antiguo clima de Egipto no podrá dilucidarse por la sola observación del Africa septentrional. El menor retroceso que pueda darse a la aparición de sociedades embriónicas en Caldea y en Egipto—sea diez mil años,—nos retrotrae a una época en que, según la opinión de varios geólogos, los glaciares cubrían parte de Europa. El conocimiento más profundo de los períodos glaciales y de sus efectos sobre la física del globo, ilustrará el estudio del clima egipcio en los tiempos de la prehistoria y de la protohistoria. ¿No ha llegado a pensar H. Driesmans que los enfriamientos sucesivos de Europa han producido la crisis que hizo del animal un hombre?<sup>1</sup>

Pero con anterioridad al período durante el cual los Egipcios, dedicándose a dar valor al valle nilótico, llegaron a ser la nación

<sup>1</sup> *Rasse und Milieu*, p. 29.

más original entre todas las que nos describe la historia, ¿cuáles fueron los destinos del país? ¿por qué raza de hombres fué ocupado? ¿de dónde vinieron sus primeros colonos y cuál era su género de vida? He ahí preguntas a que es imposible responder, aunque vagas inducciones permitan aventurar hipótesis plausibles y aun hacer constar hechos prehistóricos de capital importancia.

Se sabe ya que Egipto tuvo, como Europa, su edad de piedra. Los sabios, deslumbrados por el número, la variedad, la grandeza y la magnificencia de los monumentos dejados por los Egipcios de los tiempos históricos, no prestaron, hasta una época reciente, atención alguna a los humildes restos de las edades que precedieron a los tiempos referidos por los anales escritos, trabajo iniciado por Ancelin, quien en 1869 hizo su primera memoria sobre la industria primitiva de la piedra en Egipto<sup>1</sup>. Este descubrimiento interesó a los arqueólogos, pero los descubrimientos de raspadores, cuchillos, flechas, hachas y otros objetos, instrumentos y armas análogos a los que nos han dejado en la Europa occidental nuestros antepasados de las edades eolítica, paleolítica y neolítica, permanecieron mucho tiempo como un hecho aislado, independiente del desarrollo conocido de las poblaciones egipcias. Estos hallazgos no tuvieron positiva importancia hasta después de las excavaciones ejecutadas a miles en tumbas anti-quisimas, donde se hallaron instrumentos neolíticos mezclados con vasos de piedra dura y marfiles esculpidos que sirvieron de punto de partida común a los estudiantes de la prehistoria y a los arqueólogos.

Los instrumentos de sílex no habían sido abandonados aún en los tiempos faraónicos y se asociaban al desarrollo de una elevadísima civilización; pero la época en que predominaba el empleo de la piedra y de los huesos fué muy anterior a las primeras dinastías. En el estado actual de nuestros conocimientos, las más antiguas piedras utilizadas por el hombre en Egipto son las que Schweinfurth ha descubierto recientemente en el terraplén intermediario de Kurna, en el sitio donde, veinte años antes, en 1882, Pitt Rivers había señalado ya sílex tallados; aquellas piedras se remontan al principio de la época cuaternaria. Sobre el terraplén inferior se hallan eolitos de la misma especie mezclados con instrumentos paleolíticos, en tanto

<sup>1</sup> Adrien Ancelin, *La question préhistorique*.

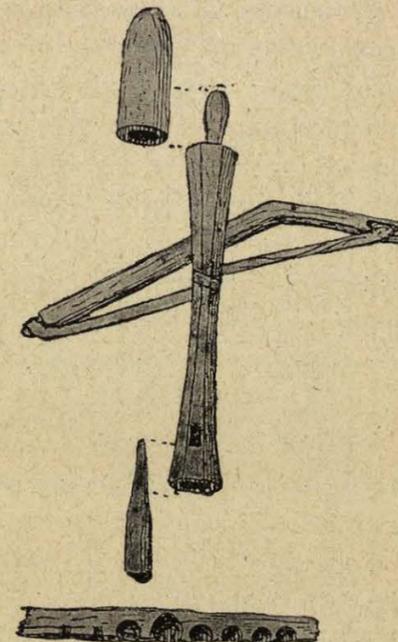
que sobre la meseta y en el valle, los vestigios humanos—sílex, restos de cocinas, etc.,—son de edad posterior<sup>1</sup>. Al Oeste del Nilo, en Nagada, en Abydos y otros puntos del Egipto moderno, sobre los límites del desierto, y aun más lejos en los espacios completamente inhabitables de nuestros días, se han hallado esparcidos talleres, neolíticos en su mayor parte. Los oasis del desierto líbico poseen también cantidades enormes de piedras talladas. En cuanto al desierto oriental, comprendido entre el Nilo y el golfo Arábigo, sólo presenta un corto número de antiguos yacimientos de sílex trabajados, y están en la proximidad del río<sup>2</sup>.

En las tumbas que datan de 6000 a 7000 años o más, se han encontrado, no solamente sílex tallados de una delicadeza extraordina-

ria, sino también objetos de hueso y de marfil, de cobre y de oro, estatuillas y figurillas diversas, lo mismo que vasos de arcilla negra marcados. Los animales representados son de una exactitud notable, y los alfareros que los dibujaron sabían utilizar arcillas de diversos colores, mejor barnizadas que las de edades posteriores. Indudablemente, esos primeros artistas pertenecían a razas cuyas afinidades eran diferentes de las de los habitantes del período histórico.

<sup>1</sup> Rutot, *Nota manuscrita*.

<sup>2</sup> Georg Schweinfurth, *De l'Origine des Egyptiens*, «Bulletin de la Société khédiviale de Géographie», 4.<sup>a</sup> serie, n.º 12.



APARATO PARA PRODUCIR EL FUEGO

ENCONTRADO EN EGIPTO POR FLINDERS PETRIE

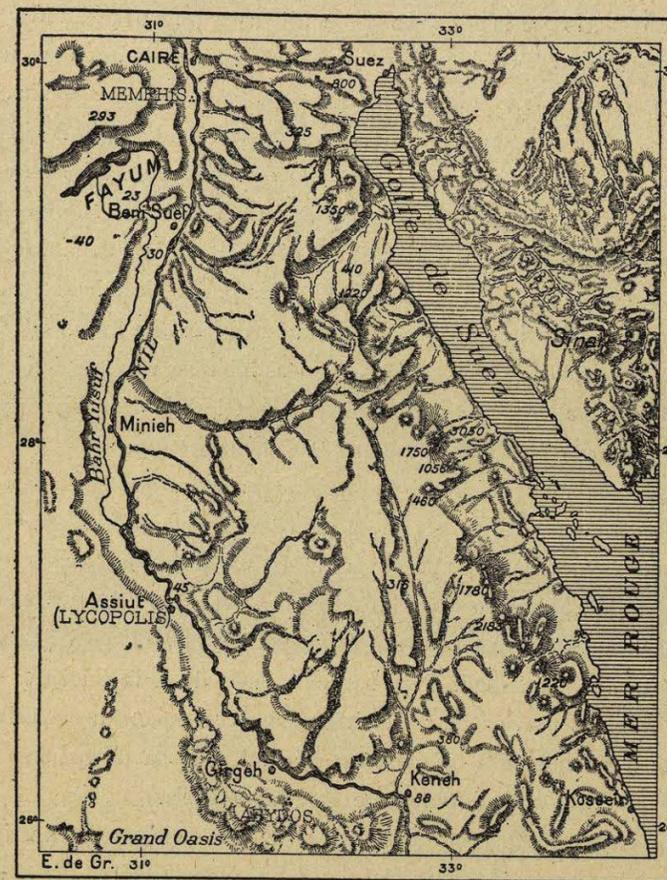
Los desiertos de Nubia, al este del Nilo, especialmente la región del Etbai, que recorrieron los Ababdeh y los Bichârin, parecen, lo mismo que los países de sílex del occidente del río, haber sido en la época prehistórica un centro importante de civilización. No se encuentran allí riñones de sílex, o al menos son muy escasos, pero es evidente que allí se trabajaban de otro modo las piedras de la comarca, sobre todo una especie de steatita o piedra ollar, muy resistente al fuego; con ella fabricaban utensilios de cocina, platos, ollas y cazuelas. Para las piezas escogidas se empleaba una especie de serpentina metamórfica muy dura, y principalmente vasos de esta procedencia son los que se encuentran al lado de los viejos sílex en las tumbas de los Faraones antiguos. Se ve, pues, que desde los tiempos de la prehistoria la industria de los Ababdeh y de los Bichârin no ha cambiado, y continúan fabricando siempre de la misma manera su batería de cocina.

Schweinfurth emite la hipótesis que los indígenas, actualmente degenerados, de la Nubia oriental, contribuyeron en gran parte a la ocupación del valle del Nilo, en la época en que por la inseguridad de su curso, sus pantanos y la vegetación de sus orillas, el bajo río se parecía al Nilo azul de Senar, entre los montes de Abisinia y el confluente de Khartum. Entonces el bajo Egipto no era más que un extenso pantano, y el curso fluvial, entre la primera catarata y el delta, dejado aún en estado natural, se componía de un laberinto de corrientes que cambiaban de dirección y de importancia relativa según la fuerza de las avenidas y la duración de las sequías: formábanse rápidamente macizos de papiros y otras plantas acuáticas sobre los fondos cenagosos, retardando la corriente o desviándola hacia otro lecho, mientras que sobre el suelo ya afirmado de los islotes y las riberas nacían los árboles, uniéndose en una impenetrable espesura, donde se ocultaban los animales salvajes. No nació en semejante región una nación civilizada: los elementos debían formarse fuera, en medio de espacios fáciles de recorrer, donde los hombres harío inquietos, podían agruparse en masas considerables. Las ásperas regiones del Este, aunque enteramente áridas en una gran parte de su extensión, ofrecían, no obstante, sitios de paso y

de reunión, y allí, según se cree, se prepararon los acontecimientos preliminares para dar valor al valle nilótico.

El contraste absoluto que en la actualidad presentan las fecundas campiñas ribereñas del Nilo, cubiertas de poblaciones, y las soledades orientales, grises y rocosas, ocupadas acá y acullá por algunas

N.º 131. Desierto oriental



tiendas indistintas, hace casi irrisoria en apariencia la hipótesis de Schweinfurth; pero es indudable que el Nilo, como todos los otros ríos históricos, comenzaría por ser un temible curso de agua, dominado por las fiebres nacidas de los miasmas, de los microbios, de los insectos y en cuya vecindad sólo se arriesgan los valientes; el

río egipcio debía ser lo que son todavía las grandes corrientes fluviales de la América tropical, tales como el Atrato, el Magdalena y el Amazonas: la leyenda de las «plagas de Egipto» que repite el Pentateuco<sup>1</sup>, según los más antiguos documentos, no es quizá más que un eco de los sufrimientos que experimentaron los primeros colonos establecidos en las inmediaciones del río.

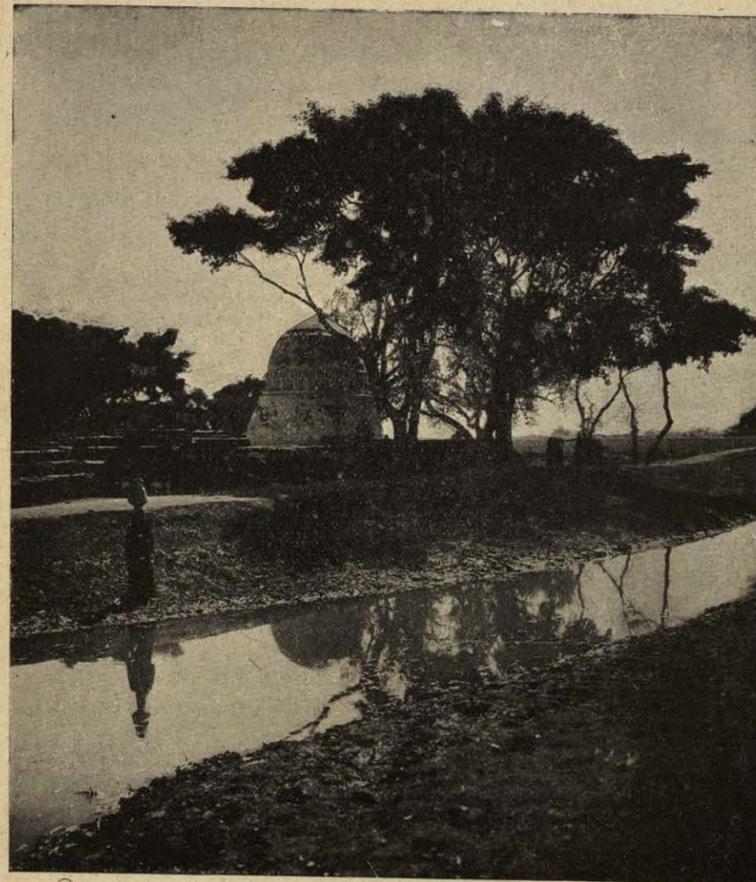
El desierto de suelo duro y de aire salubre no podía dar al labrador, como las orillas fangosas del Nilo, abundantes cosechas, décuples, véntuples, de la semilla, pero los hombres permanecían allí vigorosos y sanos de cuerpo, audaces de voluntad. «Las naciones no nacen en el limo blando»<sup>2</sup>, diga lo que quiera un mito de origen relativamente reciente. Pero el individuo aislado, el innovador atrevido que no teme trabajar el limo blando, crea las condiciones nuevas que permiten a la sociedad surgir detrás de él. Quedando ignorados esos primeros estados, era natural que la afluencia de las naciones agrícolas sobre las tierras grasas nilóticas diese nacimiento, como los otros hechos de la historia, a una leyenda especial destinada a ocupar el lugar de las que se habían precedido.

Podemos así afirmar con Schweinfurth: antes que las dinastías faraónicas pudiesen recoger en sus graneros las magníficas cosechas obtenidas por el trabajo del «rojo labrador», las poblaciones errantes que acampaban en los áridos pliegues del suelo entre el Nilo y el mar representaron el papel importante de roturadores y precursores de la humanidad. Pero surge la duda de si la iniciativa de esos trabajos previos de toda civilización, corresponden exclusivamente a los nómadas del desierto oriental, o si ha de remontarse ese honor a los inmigrantes de la Arabia Feliz.

En efecto, los países nubios, y sobre todo la parte del territorio que prolonga al Norte la base del macizo etiópico, presentan gran valor histórico como lugar de paso. Los Himiaritas u otros emigrantes del Yemen, que fué uno de los más antiguos núcleos de civilización, habían de atravesar esta comarca en su marcha hacia el Occidente. Después de haber franqueado el estrecho, o bien el mar más ancho y sembrado de islas que se abre más al Norte, los via-

<sup>1</sup> Exodo, cap. VII a XI.

<sup>2</sup> Georg Schweinfurth, *Memoria citada*, p. 11.



Cl. David Gardiner.

CANAL DE RIEGO Y TUMBA DE LA ÉPOCA ÁRABE

jeros se veían obligados, sea a escalar unas mesetas etiópicas, y sin duda muchas bandas, pacíficas o guerreras, tomaron esa dirección,— sea de seguir el litoral hacia el Norte hasta las anchas brechas y los caminos naturales que vigila actualmente el puerto de Suakin; allí, dirigiéndose hacia el Oeste, alcanzaron por la vía más corta las riberas del Nilo, en Berber, o en el gran recodo ocupado por la ciudad de Abu-Hamed, lugares históricos y prehistóricos tan antiguos como la civilización misma. Dirigiéndose hacia el valle fluvial, o al menos a sus inmediaciones, los emigrantes, pastores nómadas en su mayor parte, obedecían a la fuerza de atracción que debían ejercer